

de los pueblos y sus territorios; la puesta a disposición del poder de una versión de la historia como reforzamiento de un proyecto político; el proceso de cambio de una interpretación providencial de la historia a una programa universalista y el papel del Estado en la cohesión de las sociedades; la homogeneización cultural —social y religiosa— reforzada por las autoridades estatales como elemento justificativo de los procesos de expansión territorial; la utilización de la historia como credencial de las tensiones identitarias; los condicionantes sociales de producción del conocimiento y la divergencia en los discursos históricos; o el empleo de cuestiones geográficas, climatológicas, hidrográficas, étnicas, botánicas, geológicas y paisajistas, de carácter eminentemente científico, como elementos probatorios de la colonización, una situación que —como bien señala Carlos Cañete— no se circunscribe solo al ámbito mediterráneo o africano, sino que es exportable a la

situación vivida en los territorios americanos.

Es difícil concretar estas reflexiones en un autor o en un periodo histórico, afloran —aquí y allá— a lo largo del texto, convirtiéndose —además de en una descripción justificativa del modelo del paradigma analizado— en elementos para la reflexión del lector, que se desarrolla más allá del propio objetivo señalado por el autor. Carlos Cañete muestra cómo los componentes del paradigma africanista se inscriben dentro de una discusión más amplia sobre el propio sentido de la Historia.

En definitiva, se trata de una obra de amena lectura y consulta obligada para los interesados en la omnipresente presencia del norte de África en la historiografía hispana, cuyo contenido se incardina de manera pintiparada en la colección *Ambos Mundos*, tanto por el carácter geográfico como conceptual del asunto tratado.

Antonio González Bueno

Universidad Complutense de Madrid
agbueno@ucm.es

KAGAN, Richard L., *El embrujo de España. La cultura norteamericana y el mundo hispánico, 1779-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2021, 568 págs., ISBN: 978-84-17945-38-1.

Conocida es la prolífica obra de Richard L. Kagan, uno de los hispanistas más destacados de los últimos cincuenta años. Aunque su labor investigadora ha estado centrada principalmente en la Edad Moderna, Kagan también se ha introducido en ocasiones en el estudio de los siglos XIX y XX, con una especial

querencia hacia temas relacionados con la imagen de España y el mundo hispánico en Estados Unidos. *El embrujo de España* (*The Spanish Craze* en el título original) constituye su obra más ambiciosa en este sentido.

La tesis de Kagan es que a finales del siglo XIX y especialmente en las

décadas posteriores a la guerra de 1898, se dio en Estados Unidos una verdadera fiebre por lo español en todo tipo de campos culturales: pintura, arquitectura, música, cine, y literatura. Kagan analiza las trayectorias vitales de los individuos más afectados por esta manía, y que más contribuyeron a su propagación por el país. Desde escritores como Washington Irving, o más tarde, Dos Passos y Hemingway, a coleccionistas de arte como Charles Deering o el famoso magnate de la prensa William Randolph Hearst, pasando por arquitectos como Addison Mizner o filántropos como Archer M. Huntington. Uno de los méritos del libro es su capacidad para desentrañar estas historias variopintas, donde también encontramos patrones comunes. En general, se trata de verdaderos procesos de enamoramiento, en los que el idilio con España comienza mediante la idealización de una España imaginaria a través de novelas y libros de historia. Hay cierto atractivo por ir a contracorriente, por enamorarse de un país cuyos días de mayor gloria ya pasaron, premoderno, atípico. Es también frecuente el embrujo que ejercen las mujeres en estos procesos de atracción por España, en concreto el impacto causado por bailadoras de flamenco, por una sensualidad «oriental» que emparenta el embrujo español con otras variedades más lejanas de exotismo.

Kagan encuentra las raíces de esta fiebre por España en lo que denomina «España bravía», que se tradujo en un renacido interés, en las últimas décadas del siglo XIX, por la obra colonizadora y misionera española en la historia de Estados Unidos. Frente a la dominante leyenda negra, diversos historiadores, políticos y empresarios procedentes

sobre todo de los territorios con mayor herencia española, comenzaron a reivindicar la obra de los conquistadores y misioneros españoles como contribución esencial al desarrollo de la civilización norteamericana. La crueldad, codicia y fanatismo con los que se habían asociado en el ámbito anglosajón las expediciones de Ponce de León, Hernando de Soto, Cabeza de Vaca... fueron reemplazados en estos círculos por un elogio a la bravura y valentía de los conquistadores españoles, junto a la gran contribución civilizadora de sus misioneros jesuitas y franciscanos.

Otra de las fuentes que Kagan identifica como fundamentales para explicar el «embujo» se inscribe en lo que denomina la «España soleada», la España romantizada, exótica y pintoresca, la que Washington Irving tanto contribuyó a divulgar. Esta parte de la obra es la menos novedosa, aunque en un tema como el que trata el historiador estadounidense era ineludible incluir unas páginas sobre el idilio que muchos viajeros y artistas sintieron por esa España de rasgos orientales (por su pasado musulmán), alegre, misteriosa y que parecía paralizada en el tiempo. Kagan realiza esta labor con precisión y rigor, resaltando el importante legado de Washington Irving a la hora de reemplazar la negativa imagen de España procedente de la Ilustración por una atractiva mirada romántica, y destacando también la profusión de libros de viajes que contribuyeron a un «redescubrimiento de España por los norteamericanos» durante las últimas décadas del siglo XIX.

Kagan demuestra cómo la imagen de la España bravía y de la España soleada se impulsaron en ocasiones por intereses crematísticos tanto por escri-

tores (el propio Washington Irving es paradigmático en este sentido) como por promotores y empresarios del sector turístico e inmobiliario de regiones como Florida. Esa España vendía, y Kagan es muy hábil a la hora de identificar los fines mercantilistas que se escondían detrás de la promoción de una determinada imagen del país.

El autor aborda también el origen del hispanismo en Estados Unidos y el importante papel desempeñado en este ámbito por Archer Milton Huntington, el impulsor en 1904 de la Hispanic Society of America. Explica de manera convincente cómo la expansión del interés por España y por el mundo hispánico debe mucho al protagonismo de personalidades individuales, como Huntington, que en un momento en el que muchos consideraban la civilización española como «muerta y acabada», puso todo su empeño en sacar adelante su proyecto. El caso de Huntington, probablemente quien más contribuyó a acercar la cultura y la civilización de España al público culto norteamericano, es fascinante. Los motivos de su embelesamiento por el país fueron diversos, desde el libro de George Borrow, *Los Zincales*, sobre los gitanos en España, que leyó a los 12 años y le impresionó profundamente, hasta un encuentro casual con una niña española poco después en París, que le llevó a reafirmar su interés por el país ibérico. En su adolescencia, leyó ávidamente libros sobre España, como los de Prescott y Ticknor. Y no podía faltar tampoco, como estímulo adicional para el estudio de la civilización española, el impacto que le causó la bailarina Carolina Otero, a la que conoció en Nueva York en 1890, a los 20 años de edad, de la que quedó prendado.

Para explicar el crecimiento del hispanismo Kagan enlaza muy bien el papel determinante de filántropos como Huntington con factores estructurales, como el mayor interés que hubo en Estados Unidos por América Latina a partir de 1898. Con el crecimiento del panamericanismo y el estallido de la Primera Guerra Mundial el aprendizaje del español se disparó en Estados Unidos como lengua «para el comercio», en detrimento del alemán o el francés.

Una de las partes más interesantes de la obra es en la que Kagan analiza la locura por España que desde finales del siglo XIX comenzó a afectar a diversos coleccionistas de arte norteamericanos. Junto a los grandes maestros españoles, en especial, Velázquez, El Greco, Murillo y Zurbarán, pintores contemporáneos como Sorolla y Zuloaga, tuvieron una excelente acogida en el país. Kagan se centra también en el papel que desempeñaron ciertos individuos, en un ámbito, como el del coleccionismo, que tiende por su propia naturaleza a la extravagancia. En un momento de vertiginoso crecimiento económico estadounidense, los coleccionistas aprovecharon la coyuntura y el estado de necesidad de los vendedores españoles, muchos de ellos del ámbito eclesiástico, para hacerse con verdaderos tesoros artísticos. En algunos casos, como el de Hearst, tan falto de escrúpulos en su actividad coleccionista como en la periodística, la sensación de saqueo es desoladora.

Kagan analiza también la moda de la arquitectura de estilo español que empezó a finales del siglo XIX, alcanzando su máximo esplendor en los años veinte. En un momento en que la sociedad norteamericana, aupada a lomos de la Segunda Revolución Industrial, experimentaba importantes transformacio-

nes, surgió como reacción cierto gusto por el «medievalismo», como encarnación de valores tradicionales que parecían estar perdiéndose ante el vertiginoso ritmo de vida que imponía el desarrollo económico. Eso, junto a la vinculación de España al romance, el ocio y el lujo fue convenientemente explotado por arquitectos, promotores inmobiliarios y autoridades locales, sobre todo de Florida y California, para crear complejos residenciales y hoteles, normalmente de lujo, con diseños «españoles». De nuevo lo español mostraba su potencial para comercializarse.

En el ámbito de la música, el cine y la literatura, Kagan sostiene también que lo español alcanzó una efímera, pero destacada relevancia en las primeras décadas del siglo XX. España era sobre todo representada como tierra de romance y de amor, y también tuvieron cierto éxito películas de aventuras ambientadas en el sur de Estados Unidos, un territorio de frontera y bandidaje: lo «español» era en realidad una amalgama de España y México. En cuanto a la literatura, Kagan analiza la pasión por España de una pléyade de escritores destacados de la época: William Dean Howells, Gertrude Stein, John Dos Passos, Waldo Frank y, por supuesto, Ernest Hemingway. Para el historiador estadounidense, lo que hubo fue una «llamarada española», unos años donde de manera súbita lo español se puso de moda con el inicio del siglo XX, para a finales de los años veinte apagarse tan rápido como empezó.

En esta parte, y a lo largo de casi toda la obra, quizá se sobrevalora en demasía la fiebre por España que se experimentó en diversos ámbitos culturales. Es verdad que, en comparación con la mínima influencia de la cultura española en los

Estados Unidos durante la mayor parte del siglo XIX, resalta la aparición de ciertos círculos que dieron un valor al arte, la literatura, la arquitectura e incluso la lengua española, que hasta entonces eran comúnmente despreciados por las elites del país. Pero habría que utilizar más la perspectiva comparada para determinar si la afición por lo español en los ambientes culturales y artísticos estadounidenses alcanzó verdaderamente el grado de una «fiebre», o puede equipararse a la afición por las creaciones de otros países, como China e India (Eliot, Pound), Francia (Stein, Hemingway, Miller) o el mundo árabe (Rudolph Valentino), en un momento de crecimiento sin precedentes del país — también en el ámbito cultural—.

También conviene matizar el hecho de que en realidad fueron círculos bastante restringidos de Estados Unidos los que experimentaron este interés por el país ibérico. Se trata en general de elites con un extenso capital económico y/o cultural. El libro no hace referencia a la cultura popular, salvo en lo referido al cine, sino al más restringido ámbito de la alta cultura.

Aunque la postura de estos sectores queda bien reflejada en el libro, se echa en falta un mayor diálogo entre estas actitudes y la persistencia de las imágenes asociadas a la Leyenda Negra, que siguió siendo claramente dominante en el ámbito historiográfico, político y periodístico, azuzadas además a finales del siglo por el conflicto en torno a Cuba. Al focalizarse de forma tan exclusiva en los sectores «embrujados» por España, se pierde a veces la perspectiva de la que era la visión dominante de las elites culturales y políticas del país sobre el mundo hispánico, en una época además muy influida por el darwinismo social y

donde la «raza anglosajona» parecía gozar de un empuje imparable frente a la moribunda raza latina, por usar la terminología del famoso discurso del primer ministro británico, Lord Salisbury, en mayo de 1898. El propio Kagan, en un excelente artículo publicado en 1996 en la *American Historical Review*, planteó lo que denominó como el «paradigma de Prescott», llamado así por el influyente hispanista decimonónico William Hickling Prescott, que junto a otros importante historiadores de la época, como George Ticknor o John Lothrop, concibieron en estos años el marco cognitivo mediante el cual se entendería de forma perdurable a España como la antítesis de Estados Unidos: España era monárquica, indolente y fanática, mientras que Estados Unidos era republicano, emprendedor y racional. La decadencia frente al progreso.

En cualquier caso, por los temas e individualidades tan variados y suge-

rentes que abarca la obra, y su erudición y lo bien escrita que está, que en ocasiones lleva a que se lea casi como una novela, *El embrujo de España* constituye un referente imprescindible para todo aquel interesado en las relaciones culturales y en las imágenes recíprocas entre Estados Unidos y España, dos países cuyas relaciones históricas tienden a veces a caricaturizarse, como si fueran la encarnación de dos mundos opuestos y distantes, en línea con el poderoso «paradigma de Prescott» que Kagan teorizó años atrás. Precisamente su obra constituye un antídoto frente a tales reduccionismos, ofreciendo un retrato complejo y rico de un momento fascinante de las relaciones entre ambos países. Hay que congratularse que el propio Kagan sufriera su particular embrujo por España, gracias a lo cual desde hace décadas hemos podido disfrutar del excelente trabajo de un hispanista del más alto nivel.

Daniel Fernández de Miguel
Universidad Carlos III de Madrid
daniefer@clio.uc3m.es

MORENO ALMENDRAL, Raúl, *Relatos de vida, conceptos de nación. Reino Unido, Francia, España y Portugal (1780-1840)*, Valencia, Universitat de València, 2021, 325 págs., ISBN: 978-84-9134-785-9.

El interés que, más allá de lo concerniente a las nacionalidades históricas, comenzaron a mostrar hace treinta años los historiadores españoles por la nación y el nacionalismo ha generado una notable acumulación de estudios. Más o menos de acuerdo con una pauta generacional, en esos trabajos se han ido abordando diferentes ámbitos, dimensiones, problemas e

interrogantes teniéndose muy en cuenta las más reveladoras interpretaciones y propuestas metodológicas hechas por los especialistas en la materia de las comunidades historiográficas más referenciales para nuestro contemporaneísmo —la británica, la francesa, la alemana, la estadounidense—. Entre aquellas la más exitosa en nuestros pagos ha sido la de la nación